

Petros Márkaris

UNIVERSIDAD PARA ASESINOS

colección andanzas

SERIE
**KOSTAS
JARITOS**



TUSQUETS
EDITORES

PETROS MÁRKARIS
UNIVERSIDAD PARA ASESINOS

Traducción del griego de
Ersi Marina Samará Spiliotopulu

TUSQUETS
EDITORES

Título original: Σεμινάρια φόνων (Seminaria fonon)

1.ª edición: abril de 2019

© 2018 by Petros Markaris and 2018 by Diogenes Verlag AG Zürich
All rights but Greek reserved

© de la traducción: Ersi Marina Samará Spiliotopulu, 2019
Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Av. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-672-2
Depósito legal: B. 6.085-2019
Fotocomposición:
Impresión y encuadernación:
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

—Tasía, hija, te espera un camino muy largo.

—¿Cuesta arriba?

Kaliopi estudia la taza minuciosamente.

—No, no veo ninguna cuesta. Sólo un camino largo y un poco difícil de transitar, aunque al final veo una luz. Como un sol al amanecer.

—Esto parece más apropiado para tu hijo que para ti —le dice Arguiró a Tasía con una sonrisa.

—Mi hijo —le cuenta Tasía a Adrianí— ha enviado el currículum a tres universidades distintas para dar clases de biología. —Se santigua antes de proseguir—: Ojalá tenga suerte. Encenderé un cirio a la Virgen de Tinos.

Esta conversación sobre el futuro de Tasía y de su hijo está teniendo lugar en una pensión de Pápingos.

Resulta que, un buen día, Adrianí se despertó con una repentina y profunda nostalgia de sus raíces en Epiro. Como somos oriundos del mismo lugar, me contagió el virus. Así nació el deseo de regresar a nuestra patria chica. Desde que nos marchamos de Epiro, solo hemos vuelto en dos ocasiones, ambas regadas de lágrimas. La primera, con motivo del fallecimiento de la madre de Adrianí; y la segunda, al morir mi padre. Katerina nos acompañó las dos veces, primero cuando era aún un bebé y luego cuando iba a preescolar.

Esa fue la razón de nuestro viaje a Pápingos. Ahora me encuentro sentado en el comedor de la pensión La Granada en compañía de cuatro señoras, una de las cuales es mi mujer. Hemos acabado de desayunar, pero las damas han pedido más cafés griegos para que la señora Kaliopi les lea el futuro en los posos. Al otro lado de la ventana se extiende el imponente panorama del monte Astraka, donde de pequeños poníamos trampas para cazar pájaros, desde mirlos hasta codornices, o lo que cayera.

Yo, sin embargo, observo sorprendido cómo Adrianí participa y deja que le lean el futuro. Supongo que se ha iniciado en la ciencia adivinatoria gracias a las otras tres señoras, ya que no pudo heredarla de su madre en una época en que las mujeres se entretenían leyendo los posos, a ver si descubrirían un rayo de esperanza en el fondo de las tazas de café que iluminara sus vidas. Aun así, no me atrevería a jurarlo, porque me paso los días en Jefatura y, durante mi ausencia, ella podría ir a que le echaran las cartas, a las estudiosas de los posos del café, sin que yo me enterara de nada.

—¿No ves, por casualidad, un edificio grande? —pregunta Tasía a Kaliopi.

—¿Qué tipo de edificio?

—La universidad de mi hijo, mujer. —Tasía le explica lo obvio.

Kaliopi estudia los posos de la taza meticulosamente.

—No veo ningún edificio, pero sí a mucha gente concentrada —concluye.

—Será el departamento, que se reúne para decidir si le aceptan o no —deduce Tasía, y vuelve a santiguarse—. Ay, Virgencita...

—Su turno, señora Adrianí —dice Kaliopi, y toma la taza de mi mujer, que estaba boca abajo.

Decido poner pies en polvorosa, porque no tengo ganas

de conocer el futuro de Adrianí, que, con toda probabilidad, también me concernirá a mí.

—¿Usted no cree en los augurios del café, señor Jaritos?
—pregunta Arguiró al ver que me levanto de la mesa.

—No quiero saber nada, por si me afecta —le contesto mientras Adrianí me mira desconcertada. No sabe si echarme la bronca por las chorradas que estoy diciendo, o si realmente cree que la lectura del poso podría afectarme de alguna manera.

Salgo del comedor antes de que mi mujer pueda llegar a alguna conclusión, y me detengo en la terraza, delante de la fachada de piedra de la pensión. Respiro profundamente mientras recorro con la mirada la extensión arbolada que llega hasta la cima del Astraka.

Estamos a mediados de septiembre, pero la temperatura todavía es suave, al menos hasta la caída del sol. Al anocheecer empieza a refrescar bastante y a menudo tenemos que buscar refugio en un bar o en un restaurante. No me quejo, porque siempre hacemos vacaciones en septiembre. Nos resulta más fácil soportar la canícula en Atenas que formar parte del éxodo masivo de los atenienses, que empieza ya a mediados de julio. Aunque optáramos por ir a una isla remota, o incluso a la montaña, tendríamos que padecer el martirio de la salida y de la entrada en Atenas, cuando la red nacional de carreteras se convierte en una red de barricadas, y Adrianí no para de gritar «¡Cuidado!» cada vez que pongo en marcha el Seat.

Conocimos a la tríada que forman Arguiró, Kaliopi y Tasía en la pensión. Las dos primeras son solteronas jubiladas, y la tercera, Tasía, es viuda, también jubilada. Siempre van de vacaciones juntas. Conocieron a Adrianí enseguida, se presentaron el primer día durante el desayuno, y el segundo día las cuatro mujeres ya eran inseparables. Desde entonces

hemos formado un quinteto y hacemos juntos todas las excursiones.

Ahora no tengo ganas de salir a caminar. Además, no descarto que Adrianí ya haya acordado una excursión con sus compinches, y que luego me eche la bronca por mi ausencia injustificable. Me siento en una de las sillas de lona, miro el monte Astraka y me acuerdo de mi padre, que, cuando estaba de buen humor, me contaba las batallas que se habían librado en torno a esa montaña y al pico Gamila durante la Guerra Civil.

Una llamada en el teléfono móvil interrumpe mis pensamientos.

—¿Qué tal, papá? ¿Cómo va todo? —Es Katerina.

—Estupendamente, hija mía. Hace buen tiempo, luce el sol y tu madre ya ha hecho amistades.

—¿Ya tiene amigas? —se extraña Katerina.

—Tres señoras muy simpáticas que me han nombrado su chófer y guía turístico de la zona.

—Te han pillado —dice mi hija desternillándose de risa.

—¿Y qué tal en Atenas? —pregunto.

—Como siempre en septiembre, cuando todos vuelven al redil —responde ella, y nos despedimos mandando saludos a nuestros respectivos cónyuges.

Me estaba preguntando ya cuánto tiempo se requería para estudiar minuciosamente los posos de un café, cuando Adrianí aparece en la terraza.

—¿Qué augura el café? —quiero saber.

Mi mujer me mira con una sonrisa pícaro.

—No pienso decírtelo.

—¿Por qué no? ¿Crees que si me lo dices te traerá mala suerte?

—Eso es lo que dicen los que creen en estas cosas. Y tú no crees en ellas.

De su expresión deduzco que le han dado una buena noticia, pero no insisto, porque sé que ha decidido cerrarse en banda y no va a contármela.

—Pero ¿qué es eso? —suenan una voz detrás de nosotros.

Nos volvemos y ahí está la tríada. Se han quedado mirando fijamente un pájaro enorme que planea cerca de las laderas del Astraka. Al virar, vemos que tiene el lomo y el vientre de color blanco, mientras que las alas y las patas son rojas. Mantiene las alas inmóviles y desciende lentamente hacia un barranco. Si de verdad es un pájaro, debe de haber venido de otro continente.

—¿Será un águila? —pregunta Kaliopi.

—Pero ¿qué dices? ¿Dónde se ha visto un águila con alas rojas? La canción habla de un águila sin alas, pero nadie ha oído hablar de un águila con alas rojas —le contesta Arguiró.

—No solo tiene las alas rojas, sino que lleva gafas —interviene Tasía.

—¿Cómo que lleva gafas? —se extraña Adrianí.

—¿No ves que lleva gafas negras, como las de los aviadores?

—¿Y si se trata de una persona? —se pregunta Kaliopi.

—Es una persona y es alemana —suenan una voz detrás de nosotros.

Nos volvemos y vemos a María, la dueña de la pensión, plantada delante de la puerta.

—Son unos alemanes que están zumbados —explica—. Suben hasta la cima del Astraka o del Gamila, se ponen alas y vuelan. Me dijeron que también vuelan desde las laderas del Smólikas, aunque eso yo no lo he visto.

—¡Por Dios bendito!... —comenta Arguiró, y se santigua.

—Mirad abajo, en el barranco —nos indica María.

Miramos y vemos a unos tipos que están agitando los brazos.

—¿Y esos qué hacen? ¿Teatro? —pregunta Arguiró.
—No, son el personal de tierra. Les ayudan a ponerse y a quitarse las alas y el resto del equipo —explica María.
—Están locos —concluye Tasía.
—No sé si estarán locos, pero parece que se lo pasan bomba —interviene Arguiró.
—¿Nos acercamos para poder verlos mejor? —propone Adrianí.
—¿No nos tocaba visitar Zagori hoy? —pregunta Kaliopi.
—Podemos ir mañana, Kaliopi —contesta Arguiró—. Zagori seguirá allí mañana, pero estos podrían irse volando. Se vuelven todas a la vez y se me quedan mirando a la cara. Está claro que no piensan ir andando hasta el barranco.
—En marcha —digo, por un lado porque no quiero decepcionarlas, y, por otro, porque yo también siento curiosidad por ver de cerca el espectáculo de esas aves extrañas.
—Abrigaos un poco, que en el barranco hace frío —nos advierte María.
Entramos todos en la pensión para buscar unas chaquetas y unos jerséis, y en un par de minutos ya estamos de nuevo abajo y nos subimos al Seat.

El Seat avanza a trompicones por la pista montañosa. A cada tumbo, las señoras sentadas en el asiento de atrás sueltan un grito contenido. A mí me preocupa otra cosa: me temo que tendremos problemas en el viaje de vuelta a Atenas, que el Seat nos dejará tirados y habrá que llevarlo al taller.

—¿Por qué no dejamos el coche aquí? —propongo—. Avanza como una tortuga camino del calvario.

Manifiestan su conformidad al unísono y aparco el Seat junto a un árbol. Caminar tampoco nos resulta fácil, porque la pista está sembrada de piedras y a cada paso se oyen quejas y lamentos. Qué tiempos aquellos en que podíamos ir descalzos por las rocas y los pedruscos, pienso para mis adentros. El único que ha salido beneficiado de todo esto es el Seat.

—Ay, mis pobres pies —gime Arguiró—. Volveré a la pensión hecha polvo y mañana no podré ni levantarme de la cama.

—Yo ya he dicho que era mejor ir a Zagori, pero vosotras queríais ver al holandés errante —contesta Kaliopi.

—¿De qué holandés hablas? Son alemanes, ¿no has oído lo que ha dicho María? —pregunta Adriani.

Kaliopi se echa a reír mientras las otras tres la miran extrañadas.

Llegamos a los pies del Astraka en el momento en que toca tierra el pájaro de procedencia alemana. Pero no aterri-za como los pájaros o los aviones, no; se posa de pie. Una pareja lo recibe en el barranco con aplausos. Cuando el ente volador se quita las gafas, descubrimos que el zepelín es una mujer. Una cuarentona sonriente que hace una reverencia ante su público.

—¡Anda! ¡Pero si es una mujer! —exclama Tasía, sorprendida.

—Lo que me faltaba por ver —comenta Arguiró.

—¿Y por qué no han de volar las mujeres? —reacciona Kaliopi—. Que yo sepa, no todos los pájaros son machos.

Todos nos echamos a reír. Los alemanes se vuelven y nos miran sorprendidos. La pareja, con expresión seria; la mujer voladora, con una sonrisa.

—Vamos a darles la enhorabuena, no sea que quedemos mal —comenta Tasía—. Aunque nos llamen vagos e inútiles, en hospitalidad a los griegos no hay quien nos gane.

Nos acercamos a los alemanes sonriendo. Ellos nos devuelven la sonrisa.

—¡La felicito! —exclama Kaliopi mirando a la mujer voladora con gran admiración.

—*Danke* —responde ella, y añade en inglés—: *Thank you*.

De repente, Arguiró empieza a hablarles en alemán. Los tres le contestan con entusiasmo.

—¿Habla alemán? —pregunta Adrianí a Kaliopi.

—Sí, estudió en el Instituto Goethe. No sabría decirte si lo habla bien o no. Según mi experiencia, que estudié francés en el Instituto Francés, yo diría que, en el mejor de los casos, lo chapurrea.

Me callo un comentario sobre mi inglés, que también es un desastre. Y me consuela pensar que yo, al menos, no fui a ningún instituto extranjero, sino que lo aprendí en la Aca-

demia de Policía, y luego me doctoré en Jefatura, hablando con los inmigrantes.

Arguiró interrumpe su conversación con los alemanes para contarnos de qué han estado hablando.

—Dicen que vienen a Grecia todos los años —nos explica—. Son un grupo de amigos. Hoy los demás han ido a volar desde el Gamila. Les gusta venir aquí, porque el ambiente es más agradable y la gente se fija en ellos. Cuando vuelan en Alemania, nadie les presta atención.

—¿Les has preguntado en qué trabajan? —pregunta Tasía.

—Pues los tres son profesores universitarios. La chica enseña sociología. Ese de la perilla da clases de filología alemana y aquel con el sombrero de paja enseña derecho.

—Ratones de biblioteca en invierno, hormigas voladoras en verano. Bonita combinación —sentencia Kaliopi.

Nos acercamos de nuevo para despedirnos de ellos. Los dos hombres enseguida tienden las manos para estrecharnoslas, y me acuerdo de Uli, que nunca saluda sin dar la mano. La chica se limita a hacer un ademán con la cabeza y nos dedica una sonrisa. Será porque aún tiene las manos metidas en las alas.

Cuando llegamos al Seat, estamos tan agotados que nos quedamos sentados en el coche un cuarto de hora para recuperar el aliento. En el asiento de atrás, las mujeres se frotan los pies y las rodillas sin parar de suspirar y soltando gemidos ahogados. La única que permanece quieta e impávida es Adrianí.

—Veo que aún puedes caminar por las piedras —bromeo.

—No puedo, pero echaba de menos los caminos de mi pueblo y estoy disfrutando —responde, y se vuelve hacia sus amigas—: ¿Os dais cuenta de por qué no nos entendemos con los alemanes? —les pregunta.

Todos la miramos sorprendidos.

—¿Por qué? —se extraña Arguiró.

—Porque ellos vuelan alto, como los pájaros, y nosotros nos zambullimos en las profundidades, como los peces. Así no hay quien se entienda.

La tríada se parte de risa. Yo soy el único que se muestra impasible, porque estoy acostumbrado a los aforismos de mi mujer.

—¡Qué chiste tan bueno, Adrianí! —exclama Tasía.

—¿Siempre es tan ocurrente? —me pregunta Arguiró.

—Siempre, pero ahora que se encuentra en su patria chica, está aún más inspirada —le respondo.

Las tres mujeres vuelven a reír mientras que Adrianí me fulmina con la mirada.

—Sois los compañeros ideales para hacer vacaciones. Si vuelvo a oír hablar mal de la policía, me pondré hecha una fiera —concluye Kaliopi.

Arranco el motor del Seat, satisfecho, ya que me ha tocado un trozo del pastel de los elogios. En el trayecto de vuelta al pueblo conduzco despacito, para evitar zarandear a mis pasajeras, pero también para proteger el Seat de daños mayores.

Llegamos por fin a la pensión y corremos todos a nuestras habitaciones para descansar.

—Eso de la patria chica ¿era necesario? —empieza Adrianí en cuanto cerramos la puerta.

—Pero ¿es que no te cansas nunca? —pregunto anonadado—. Después de este palizón, ¿aún tienes ganas de discutir?

—Si quieres que te diga la verdad, yo también he perdido la costumbre —confiesa mi mujer—. Puede que no gritara de dolor, pero tenía que apretar los dientes y no me ha resultado agradable. Voy a tomar un baño para relajarme.

Espero a que llegue mi turno y, en cuanto terminamos de bañarnos, nos metemos en la cama y nos quedamos profundamente dormidos.

Alguien llama a la puerta y abro los ojos.

—Señor comisario, ¿molesto? —pregunta una voz susurrante.

Me levanto de un salto y me dirijo a la puerta.

—No, acabamos de despertarnos —susurro yo también para no despertar a Adrianí.

—¿Os quedáis en la pensión?

—No, pero dadnos media hora.

—Vale, os esperamos abajo.

—¿Quién es? —Suenan la voz de mi mujer desde la cama.

—La pandilla. Preguntan si pensamos quedarnos en la pensión esta noche.

—Claro que no. No hemos hecho tantos kilómetros para quedarnos aquí encerrados.

Veinte minutos más tarde bajamos al pequeño salón, que por las mañanas hace las veces de comedor. A pesar de haberlos sacado de la cama, somos los primeros en llegar. Pronto aparece Arguiró, y unos minutos después, Tasía y Kaliopi.

Kaliopi propone ir a cenar a otro pueblo.

—Al fin y al cabo, ya pensábamos ir a otra parte esta mañana, antes de que nos distrajeran los alemanes voladores.

—Vale, pero ¿adónde vamos? —pregunta Tasía—. En Zagori hay más de cuarenta pueblos.

—Que lo decida Adrianí, que conoce la zona —propone Arguiró.

—Os llevaré a mi pueblo, Kato Pedinà —dice Adrianí, dándome la razón con aquello de la patria chica—. Hay un viejo puente en la garganta de Vikos y vale la pena verlo.

—Os llevaría encantada en mi coche, pero no conozco

el camino y tengo miedo de que nos perdamos —dice Tasía—. Salvo que quiera conducirlo usted, señor comisario, que también conoce la zona.

Tasía tiene un Toyota recién salido de fábrica y no me apetece que me suba la tensión por miedo a abollárselo.

—Déjalo, vamos mejor con el mío para evitar percances.

Nadie se opone, así que volvemos a subir al Seat. Hago mentalmente la señal de la cruz para que se ponga en marcha sin problemas y, por suerte, el coche no me decepciona.

—¿Por dónde vamos? —pregunto a Adrianí, que conoce la zona mejor que yo.

—Por la carretera comarcal que lleva a Ano Pedinà —contesta mi mujer—. Es el camino más corto.

Salgo a la carretera comarcal que va de Astragelon a Eptalofou, giro a la izquierda y enfilo la que conduce a Ano Pedinà. La distancia parecería más corta si la carretera permitiera conducir más deprisa, pero el asfaltado es más bien simbólico y cada cincuenta metros nos obliga a frenar y a avanzar a paso de tortuga.

Al final, siguiendo las indicaciones de Adrianí, llegamos a Mesokhori, la plaza principal del pueblo.

—¿Qué iglesia es esta? —pregunta Kaliopi, y señala una iglesia un poco más abajo, en línea recta desde donde nos encontramos.

—San Atanasio —le informa Adrianí.

—¿Vamos a verla?

—Ya iremos más tarde. Ahora vamos a ver el puente de Vikos, antes de que se haga de noche.

Aparco el Seat y echamos a caminar. Adrianí se pone en cabeza y los demás la seguimos en fila india, como un grupo de pequeños exploradores.

Decir que vamos por un sendero es mucho decir. Vamos por un camino de cabras lleno de baches. Llegamos sin

aliento, pero las vistas merecen la pena. Se trata de un viejo puente de piedra. Nos detenemos en el centro y miramos a nuestro alrededor. A diestra y siniestra se alzan los acantilados de Vikos, mientras que el cauce de un torrente seco pasa por debajo del puente.

Las tres señoras admiran el panorama, y yo también me quedo extasiado, porque ya no me acordaba de aquello. Podríamos pasarnos horas disfrutando de las vistas, pero Adriani nos devuelve a la realidad.

—Debemos regresar. Pronto se hará de noche y no veremos dónde ponemos los pies.

—La de cosas que nos perdemos los que vivimos en las ciudades —dice Kaliopi.

—Y las que se pierden los que viven en los pueblos... —replica Adriani.

Enfilamos con cuidado el trayecto de vuelta, aunque ya nos hemos acostumbrado y nos cuesta menos avanzar. Las señoras insisten en ver la iglesia de San Atanasio antes de cenar.

Hago de la necesidad virtud y las sigo, aunque a regañadientes, porque mi estómago empieza a rugir. Por fortuna, nuestra visita resulta forzosamente breve, ya que la iglesia está a oscuras y no permite una exploración a fondo.

Un poco más allá de la iglesia, en Mesokhori, descubrimos una pequeña taberna de piedra.

—¿Es aquí donde comíais en verano? —pregunta Tasía a Adriani.

—Querida, no nos sobraba el dinero para comer fuera —contesta mi mujer secamente.

La noche es cálida y hay un grupo de gente sentado en la terraza. Kaliopi propone que hagamos lo mismo.

—¿Y si luego hace fresco y pasamos frío? —se preocupa Arguiró.

—No, en esta época no hará frío. Con las chaquetas tendremos suficiente —le asegura Adriani.

El grupo sentado en la terraza son los dos alemanes y la mujer voladora que hemos conocido por la mañana en el monte Astraka. Los acompaña otra pareja, también de alemanes.

Los del Astraka nos saludan con sonrisas y apretones de manos. Con la ayuda de Arguiró, nos presentan también a la otra pareja.

—Ellos también dan clases en la universidad —informa Arguiró sucintamente.

Nos sentamos a la mesa de al lado y todos pedimos tsípuro* menos Adriani, que prefiere una copa de vino blanco.

—¡Tsípuro! —exclaman los alemanes. Alzan la garrafa que hay encima de su mesa y empiezan a hablar en alemán con Arguiró.

—Desde que han llegado, toman tsípuro todas las noches —traduce Arguiró—. Les chifla.

El camarero trae las ensaladas y la carne asada. El silencio impera en ambas mesas, porque todos empezamos a comer afanosamente. De vez en cuando intercambiamos algún comentario con la ayuda de Arguiró, más que nada para mantener las apariencias, hasta que el camarero nos trae otra garrafa de aguardiente.

—No hemos pedido más tsípuro —se extraña Tasía.

—Invita la mesa de al lado —explica el camarero.

Los alemanes nos sacan de la confusión al alzar sus copas.

—¡Salud! —nos desean, todos a una.

—Salud y muchas gracias —responde Arguiró—. No tenáis por qué invitarnos.

* Tipo de aguardiente que se produce en el norte de Grecia. (*N. de la T.*)

Los alemanes empiezan a hablar y ella nos traduce.

—Mañana vuelven a Alemania, porque tienen que incorporarse a la universidad —nos dice—. Los tres empiezan las clases, y la voladora y el otro alemán tienen que retomar sus programas de investigación.

—Han venido a Grecia, han disfrutado del aire limpio de las alturas y ahora volverán a esconderse tras sus libros y sus ordenadores —dice Tasía—. A decir verdad, me dan envidia. Ojalá mi hijo tuviera tanta suerte.

—¿A qué te refieres? ¿A salir volando desde el Astraka? —bromea Kaliopi.

—Pues no me importaría. ¡Anda que no se divierten!

Los alemanes se levantan de la mesa y vienen a despedirse de nosotros, y empieza la habitual ceremonia de los apretones de mano y de los agradecimientos por la garrafa de tsípuro.

Luego nos saludan por última vez desde lejos y nosotros nos quedamos sentados hasta apurar el aguardiente.